mío! ya no puedes amarme!.... ya no me amas!.... Qué bien decía tu hermano de Francia: "Un inmenso río de olvido nos arrastra a un vórtice sin nombre. Oh abismo, tú eres el Dios único. Las lágrimas de todos los pueblos son verdaderas lágrimas; los sueños de todos los sabios encierran una parte de verdad. Todo, aquí en la tierra, no es sino símbolo y sueño. Los dioses pasan como los hombres, y no sería bueno que fuesen eternos. La fe que se ha tenido no debe de ser nunca una cadena. Se ha cumplido con ella cuando se la ha envuelto en el sudario de púrpura en donde duermen los dioses muertos!"

A MANUEL JOSE OTHON.

PALABRAS PRONUNCIADAS EN LA VELADA QUE ORGANIZÓ LA "REVISTA MODERNA," EN EL TEATRO DEL RENACIMIENTO, LA NOCHE DEL 4 DE ENERO DE 1907.

".....
y al fin en el Amor los ojos cierra:
pues, ¿dónde hay más amor que el de la muerte
ni más materno amor que el de la tierra?"

Señoras y señores:

Así exclamaba Othón, hace poco tiempo, evocando, en filial Elegía, la imagen de un maestro venerable que logró conservar en las canas de una vejez amada de todos, la divina aureola que sólo brilla en la cabeza de los niños. (1) Presentía quizá nuestro poeta el no lejano reposo de su espíritu fatigado; tal vez deseaba ya descansar en el materno amor de la tierra, con la ansiedad dolorosa que late en ese terceto, en cuyo ritmo se oye el anhelante golpear de un corazón. Y la muerte le fué amiga, cumpliendo fiel y cariñosa su íntimo voto. Por poca ternura que se tenga en los sentimientos, conservamos en el fondo del corazón una

(1) Don Rafael Angel de la Peña.

especie de capilla sepulcral en donde viven aún los que ya no son, los que hemos amado y amamos. Embalsamados en los aromas del recuerdo, surgen apenas se les evoca, responden cuando se les interroga, y parece que vuelven realmente a su antigua existencia para compartirla con nosotros: tanto así sus pensamientos se mezclan a los nuestros, tanto así son capaces de resucitar las cosas pasadas que habíamos creído muertas. Es una aparición: si cerramos los párpados, nos imaginamos verlos con sus actitudes familiares; si ponemos atención, creemos oir su acento. Entre los que habitan mi necrópolis interior —ay! ya muy poblada por tántos seres que me fueron queridos— Manuel Othón es uno de los que llamo y llamaré con más frecuencia, para hablar con él de los tiempos pasados, de los amigos comunes, de los recuerdos que se prenden y florecen con la tenacidad de la hiedra entre las ruinas de la Esperanza....

Pensaba Xenofonte que hay muy poca diferencia entre calumniar a un hombre y decir cosas indignas del genio o de la virtud de quien se habla. Yo estoy seguro de no calumniar al poeta por lo mucho que lo admiro y de no calumniar al amigo por lo mucho que lo quise. Por eso, señores, he solicitado venir a esta tribuna.

Pero, para hablar dignamente de este poeta que con pasión amó a la madre Naturaleza, es preciso sacarlo de las escuelas de los eruditos y de las academias de los retóricos, y restituirlo a su pueblo, al pueblo de la montaña y de los campos, al pueblo de agricultores y de trabajadores que pasa su existencia sin hacer ruido, como las corrientes que fertilizan, y que es la médula vigorosa de la patria, la trama sólida y resistente de nuestra vida nacional, sobre la cual el genio y la ambición de algunos bordan pomposamente las gloriosas escenas de la historia! Sangre de ese pueblo y alma de esas almas fué Othón. Almas sordas, ay! sí, almas que todavía no oyen la canción del ensueño, el himno de los bosques que va murmurando en la carga de ramajes verdes que lleva el campesino en las espaldas; pero almas de poderosas savias vírgenes, capaces de producir al poeta que tradujo las estrofas de plegaria y de amor que cantan dentro de esos ramajes sobre esas espaldas de servidumbre y de miseria!

En los campos creció y vivió, con hábitos de silencio y de meditación; el quieto paisaje armonizaba con su tranquila vida, y de la temprana comunión de su alma con la naturaleza aspiró una melancolía serena, que es el fondo sobre el cual vuelan, sonriendo detrás de las lágrimas, sus fantasías de la juventud, y la base sobre la cual se levanta el pensamiento triste y alto de su virilidad. Para Caton, la tierra era el instrumento del lucro; nuestro poeta creía con Virgilio —su maestro y su guía— que la tierra es la madre piadosa de los hombres iguales. Este hondo amor que tenía a la tierra, fué el refugio seguro de sus desilusiones, el abrigo fiel de sus amarguras; y debido a ese amor, pudo el alma del poeta, lastimada por las crueldades y falsías del mundo, absorber por la misma herida la inmensa frescura de la esperanza y de la fe.... Por

eso su pensamiento ascendía siempre, más alto cada vez, en la suprema visión del bien; en su arpa se oían trenos sagrados, melodías seráficas, y su Dios de piedad le inspiraba piedad para todos los dolores, para todas las desventuras, para todas las miserias, poniendo en sus estrofas el verbo de fuego y de sangre que recogieron las mujeres evangélicas de los labios expirantes de Cristo.....

El sentimiento que tenía Manuel Othón de la naturaleza física y de los diferentes aspectos de la creación, más que de una idea filosófica o religiosa bien definida acerca del mundo, considerado como obra de una voluntad y de una inteligencias supremas o como forma variable de un fondo eterno, provenía de su organización particular de poeta, de su sensibilidad propia de artista. Para Othón, la naturaleza no tiene redes ni engaños que hagan tropezar y caer en el pecado al hombre bueno; es, por el contrario, bajo la mano de una providencia vigilante, un velo transparente que el espíritu levanta sobre el abismo infinito de donde salen todas las cosas y al cual todas las cosas vuelven. Y Othón, que estaba muy lejos—como hombre cordialmente religioso— de profesar las estrechas doctrinas —las impías doctrinas— de la mortificación y del renunciamiento ascéticos, se abandonaba a la naturaleza con la confianza con que se aduerme un niño en los brazos de la madre, porque la creía buena y pura, saludable y divina, hija de Dios por las inspiraciones que exhala, por los consuelos que prodiga, por las primaveras con que rejuvenece el alma,

legítima en sus amores, sagrada en sus cantos, exhuberante en sus himeneos: en Homero —que es el primer poeta pintor— cuando Júpiter y Juno envuelven su nupcia olímpica con la nube de oro sobre las cimas del Ida, la tierra florece abajo de ellos brindándoles, regocijada, un tálamo de jacintos y de rosas!

Este amor era la riqueza inestimable del poeta. Alguna vez me decía: Cree "Caton" que esas montañas épicas, que esas llanuras nutricias, que esas corrientes que fecundan la sementera, son suyas. ¡Qué ilusión! Es el dueño de esas cosas sólo por sus títulos de propiedad; en cambio, yo soy el dueño de la "belleza" de esas cosas, por mi admiración y por mi amor, y lo seré mientras tenga ojos y alma! Son, pues, más mías que suyas. Esta divina facultad de la admiración, que es la verdadera y más noble alegría del espíritu, que es, quizá, el secreto único de la felicidad, la tenía desarrollada Othón en el grado altísimo de un sacerdote de Ruskin. Conocéis el divino Evangelio del profeta de la Belleza: "para el ruskiniano sólo existe el placer estético..... No gastará sus recursos en un goce personal e instantáneo, sino en un monumento que sirva a todos y para siempre. Si tiene la buena suerte de encontrar a un Miguel Angel, no le ordenará que modele, como hizo Pedro de Médicis, una estatua de nieve. Procurará, al contrario, que, alderredor suyo, ninguna inteligencia brille como blanca escarcha, sino que se verifique como una ventana pintada y colocada entre columnatas de piedra y barras de fierro, a fin de que soporte el sol en ella y lo envíe a través de ella de

generación en generación. Si es pobre, se regocijará de ver las bellas cosas, poseídas por otros o por las iglesias y los museos..... Si tiene los medios de viajar y de seguir a lo lejos las huellas estéticas de los grandes sembradores de Arte, viajará con frecuencia, señalando con una cruz blanca las jornadas de su vida en que le haya aparecido una nueva faz de la Belleza, o un nuevo maestro, en la soledad de un museo, le haya dicho alguna cosa.... Si se detiene en el camino, falto de recursos, llamará a su recuerdo las peregrinaciones tantas veces comenzadas de los artistas pobres del tiempo de Poussin, partiendo para Roma, deteniéndose en Lyon o en Avignon, pagando cada etapa con un cuadro, tendiendo vanamente los brazos hacia la Ciudad Eterna.... llegando a ella al fin, mejor preparados para sentir su eternidad por una larga espera y para gustar sus encantos por un largo deseo. No tiene necesidad, para gozar la vida estética, de ver todos los países bellos: que se fije tan sólo en todo lo que es bello en el país que ve! Si mira a una mujer bella, admirará su belleza; si es fea, admirará su sonrisa; si no sonríe, pensará en su gravedad o en su nobleza. Si sólo una nota le queda a su piano, amará esa nota. Si el país que habita no tiene sino un arroyuelo, amará ese arroyuelo; si su ventana es tan pequeña, que en la noche sólo ve una estrella, admirará esa estrella, y, a fuerza de escudriñar la Belleza que está en todo, hará su felicidad con las migajas de ese festín en que los otros, saturados y hastiados, beben a grandes tragos el fastidio de una opulenta vida indiferente y vana!"

Sólo un verdadero ruskiniano pudo cantar así frente a las estepas del Nazas:

"Ni un verdecido alcor, ni una pradera!
Tan sólo miro, de mi vista enfrente,
la llanura sin fin, seca y ardiente,
donde jamás reinó la primavera.
Rueda el río monótono en la austera
cuenca, sin un cantil, ni una rompiente
y, al ras del horizonte, el sol poniente,
cual la boca de un horno, reverbera.
Y en esta gama gris que no abrillanta
ningún color; aquí, do el aire azota
con igneo soplo la reseca planta,
sólo, al romper su cárcel, la bellota
en el pajizo algodonal levanta
de su cándido airón la blanca nota."

Qué lejos, estamos, señores, de la poesía pastoril —fonográfica,—de la bucólica neovirgiliana con su Mincio por decoración y con su Galatea recitando traducciones latinas!.... En la obra de Othón, la impresión que el poeta recibe de la Naturaleza es directa y vigorosa, es un choque que le hace vibrar los nervios, y la expresión poética que la traduce es clara, dúctil y amplia, refleja y contiene el sentimiento complexo de un hombre de su época. En la lira de Othón cantan las voces dolorosas y grandes del presente. Su poesía es dolor y es amor; es sangre de corazón palpitante; es Credo de fé en la cruz de las redenciones; es luz de

cabeza que se iergue sacudiendo en el espacio los resplandores de su ideal con el martirio divino de la inspiración; es el ansia de alas, de vuelo, de infinito que lagitaba al Euforión de Goethe, cuando se llevó al cielo la radiante aureola de su genio, dejando en la tierra entristecida sus vestidos desgarrados de hombre y su lira rota de poeta!

Y no que Othón haya sido desdeñoso de la venerable antigiiedad; al contrario, conocía y estudiaba sin cesar —y las amaba—las letras monumentales de la literatura clásica. Ellas le pusieron en los labios una gota de esa miel que la diosa Harmonía mezclaba al Falerno de Horacio. Por eso el habla de Othón es dulce. Por eso su verso es impecable de pureza. Othón es un bardo de la "Edad de Oro," que no es antigua, ni presente, ni futura; que es eterna dentro la tradición gloriosa del Arte; edad de Homero y de Virgilio, de Cervantes y de Goethe, de Hugo y de Carducci,.... edad de la Belleza, que no debe verse a través de la ilusión de los calendarios, sino a través de la realidad de la poesía, porque la Belleza es tan vieja como los dolores del mundo y tan recién nacida como el instante de dicha que se te escapa, oh Fausto! entre las manos..... La tradición! cosa esencial y verdaderamente sagrada en la literatura, y que estaría en peligro de perderse entre nosotros, si algunos como elegidos y fieles amantes de la belleza, no vigilasen sin cesar en mantenerla! Oh, sí, muchos son los que con un "nombre anónimo," que creen glorioso, asaltan la mansión de las Musas con una indelicadeza de gentes brutales. ¿Por qué razón, señores, los que no hacen de la literatura sino un instrumento, y no la aman por ella misma, habrían de ser estudiosos y afectuosos? Otros hay, que sí bien son dignos de amarla y que la harían honor por su talento verdadero, los ofusca con frecuencia la vanidad desde el primer aplauso; y salvo dos o tres grandes nombres que respetan o fingen respetar, para cubrir las apariencias, hablan y escriben como si la belleza hubiera nacido con ellos y como si fueran a inaugurar el reinado del arte en las edades futuras. Debemos recordarlo siempre; pensar mucho y seriamente en el pasado y comprenderlo bien, es en verdad pensar en el porvenir, estos dos términos se ligan de una manera estrecha y corresponden entre sí como dos faros.

El deseo de la originalidad, que entre nosotros es ya una obsesión, una manía, no sólo conduce a las más lamentables aberraciones, sino que acusa pobreza de espíritu, miedo de imitar y desconfianza en las facultades creadoras. Este anhelo malsano sólo puede engendrar monstruos. La originalidad es grande y bella cuando es espontánea, natural, y la ciencia no la daña sino que la ennoblece y adorna: cuando es artificial, cuando se compone frente al espejo una melena de poeta sobre un cráneo vacío, puede convertirse en caricatura. El artista debe ser sincero, ingenuo, serio, religioso. Manuel Othón lo fue en alto grado, y por eso merece el homenaje de nuestra admiración. Y nadie dirá que Othón, por respetar, estudiar y amar la buena tradición literaria, fué un simple imitador. No hay generaciones espontáneas en arte, como no las hay en la cien-

cia, como no las hay en la vida. Todo se liga, con eslabones de fierro o con anillos de oro. Racine dice en el prefacio de su "Britannicus," que muchas veces al escribir una escena, pensaba qué cosa diría Sófocles si la viera representar. ¿Es esto servilismo? No, es respeto; y este respeto, en cierto modo, es la garantía de la posteridad. Bajo la mirada serena y alentadora del poeta ático salieron las heroínas del poeta galo como Niobes de mármol, blancas y trágicas. La filiación de Othón es una filiación de gloria literaria, y esta es una de sus excelencias como poeta. Othón, es él, sólo él, poeta original, personalísimo, renovador y creador, pues ha dado a la musa de Garcilaso y de Gutierre de Zetina una alma nueva y una nueva música, un nuevo amor y un nuevo ideal; y bajo la mirada serena y alentadora de sus maestros, brotaron de su corazón los cantos rústicos como bajo los rayos fecundantes del sol brota del surco recién abierto una parvada de alondras!

Señores:

Muchos de nosotros vivimos cerca de Othón y le profesamos amistad y cariño; lo juzgamos como contemporáneo, y nuestro juicio no puede ser sereno como el de la posteridad. El tiempo no ha borrado en nuestra memoria, antes los ha avivado, los detalles de su existencia personal; vemos su obra poética á través del amigo; la una completa al otro; éste nos hace comprender y amar aquélla, y no podríamos separarlos sin

mentir a nuestra inteligencia y a nuestro corazón. Es imposible juzgar a un compañero de la vida como se puede juzgar a un personaje muerto hace años. Sucede con los hombres lo que con los paisajes: la lejanía puede embellecerlos, pero los desnaturaliza, porque la distancia los ahoga en la luz, atenúa sus contornos y vela sus rugosidades. Los que le vimos, los que fuimos sus compañeros en la ciudad, sus confidentes, sus confesores alguna vez, los que nos acordamos de él, no oiremos sonar la hora de su gloria; pero debemos de ser sinceros, por respeto a nosotros mismos y al amigo amado, que gana de este modo reviviendo en su realidad con cualidades que tal vez no sospechen sus futuros admiradores. Para los testigos de su vida, lo que hay de extraordinario en la obra de Othón, no es sólo su obra misma, bellísima y noble, sino las dificultades a través de las cuales la realizó: nada, ni la pobreza, ni los tormentos de que es fecunda madre, ni la amargura de verse olvidado, que engendra el desaliento en las almas más fuertes, pudieron interrumpir el solemne vuelo de su numen. Puso, en verdad, su arte por encima de todo: el fué su religión, su amor, su martirio y su gloria. Esto es lo que sus amigos debemos decir a todos para que comprendan lo que su obra tiene de excepcional, de heróico; esto es lo que debemos repetir siempre para vengarlo de la ligereza desdeñoza o de ls ignorancia estúpida del vulgo, del "vulgo vestido," como decía él, que considera la poesía como pasatiempo de ociosos, extravío de quijotes y vana ocupación de hombres sensatos, en estos tiem-

pos de lucha y de dinero, de egoísmo y de fierro. Oh! si todos los poetas pudieran conjurarse para enmudecer un día, como en el poema de Sully Proudhome se conjuraron las flores desdeñadas para no dar al mundo ingrato sus colores y su aroma, el mundo entero, sintiendo llegar la muerte, de rodillas pediría perdón a los poetas!

DISCURSO

PRONUNCIADO EN LA VELADA ORGANIZADA POR LOS ESTUDIANTES DE JURISPRUDENCIA EN HONOR DE JUÁREZ, LA NOCHE DEL 18 DE JULIO DE 1901 EN EL TEATRO DEL RENACIMIENTO.

No vestiré mi discurso con los luengos ropajes luctuosos de las graves oraciones fúnebres; esta fecha no es una fecha de duelo colectivo, sino de universal regocijo; el 18 de Julio no es el día de la muerte, es, señores, el día de la resurrección. Que resuenen en los aires los himnos favoritos de la patria, y desparramen todas sus flores los verjeles; que los jóvenes dancen al son de las músicas sagradas, y los enjambres canoros de la poesía palpiten y vuelen como abejas de oro; que todos los corazones se fundan al calor de un mismo entusiasmo, y un inmenso grito de júbilo suba al cielo anunciando los festivales de un pueblo! El versículo de la Sulamita es eternamente cierto: el amor triunfa de la muerte. Benito Juárez no está bajo su lápida mortuoria convertido en ceniza; está dentro de nuestras almas convertido en idea, en sentimiento, en aspiración. Cariño a la patria, deseo de libertad, sacrificios por el deber, luchas contra el mal, recuerdos de dolor y de gloria, ideales también de dolor y de gloria,